



EL INDIO DE NOYOO (*)

I.

Corría el año de 1812. El ingente deseo de emancipación transformaba al quieto y alestargado país; los seculares quejidos de toda una raza aherrojada estallaban por último en gritos formidables de rebelión; los burados anhelos no se condensaban ya en lágrimas silenciosas y austeras, sino en rugidos potentes de bestias heridas; la impasibilidad característica del indio se tornaba en un furor irresistible; y el ilota, el desventurado de otras épocas, nacido para callar y obedecer, ya ni obedecía ni callaba, sino que, como los paladines de sus anales, recogía la piedra del arroyo para lanzarla al rostro de los tiranos. Era la revolución sin tregua y sin cuartel, la nacionalidad que irradiaba en el horizonte, tras de un cúmulo de nubes muy grandes y muy negras.

Y así corría el año de 1812, entre el bélico ardor de los opuestos bandos, haciendo desaparecer las poéticas aldeas de las montañas, incendiadas por la tea implacable y salvadora de la revolución. En uno de estos pueblecitos, asentado en fértil y extensa cañada de la región de las Mixtecas, en el pueblo de Noyóó, que encuadra el rubio matiz de los trigales, siempre lo-

(*) Véase la Historia de Oaxaca por el P. Gay.

zanos, allí vivía, por aquel entonces, fabricando finas esteras, con la palma de sus bosques, un indio como de veinticinco á treinta años, cuyo nombre ha perdido la tradición y á quien la Historia, admirada, señala con el mote de "El indio de Noyóo." Alto, fornido, con la anémica color y la mirada vaga de esa raza que parece que siente no sé qué nostalgias tristísimas, era nuestro hombre el tipo genuino de aquellos formidables guerreros que asolaron á Teozapotlán y elevaron á lo más alto la prez y fama del famoso Achiutla. Sagaz y astuto como la zorra, y ágil y nervioso como el ciervo de sus campos, no había vericueto, cantil, desfiladero ó madriguera por donde pasara, rastrear y escudriñara; unas veces con ondulaciones de serpiente, otras á saltos de felino, las más en ascensiones ó descensos peligrosísimos, de cualquier modo, pero el indio de Noyóo conocía, palmo á palmo, los abruptos contrafuertes de la cordillera y su voluntad inflexible de títán triunfaba de todos los obstáculos y barreras que le oponía la naturaleza.

No en balde había visto la luz allí, en aquel lindo pueblecillo que encuadran los trigales siempre Tozanos, al pie de aquella cordillera siempre verde, donde crece el pájaro-bobo, dando flores de pétalos gruesos, frescos y aterciopelados; donde el zenzontle deja oír sus trinos paradisiacos, y donde surgió y creció una raza viril, brava, dominante.

Ya en la caída de la tarde, cuando el sol trasponía la última sierra y los trigales semejaban extenso mar color de oro viejo, las águilas que volvían á sus guaridas contemplaban al indio—inmóvil, triste, con no sé qué nostalgias en el alma—ora sobre la copa de un árbol, ora afianzado á una roca, muellemente reclinado en el césped; pero siempre triste, siempre huraño, siempre sólo, clavada la vista en el pintoresco pueblecillo donde naciera, cuna de sus alegrías y sus cariños, sentimientos no apagados en su alma soñadora y nostálgica.

¿Qué soñaba el indio de Noyóo? ¿qué sufría aquél desventurado, desventurado como su raza? ¿Por qué sólo veía, con mirada pe-

netrante, la cúpula semitorcida y ridícula de la iglesia de su aldea? ¡Ah! El indio había amado. En la salvaje beatitud de su vida, una vez sintió el estremecimiento irresistible de la pasión..... y amó con furor, con frenesí, como ama el ser atávico, el que no entiende de mentiras y negruras mundanas, como ama el bueno, el que todavía lleva en el alma las alburas del sentimiento. Así amó el indio, y por eso ve con mirada penetrante la cúpula semitorcida y ridícula de la iglesia de su aldea. Es que allí reside el que le arrebató la felicidad y la fe, el seductor de la hembra torpe, el dominador de entonces, el superhombre de la época. El indio amó á la india de mirada nostálgica y soñadora, y la india pervertida ó torpe, cayó en la red, en la red tendida por un individuo llamado P. Soto, quien con la honra de una mujer le arrebató la felicidad y la vida. Y por eso nuestro hombre, solo, grave y triste, mira con insistencia el campanario de su aldea. Así lo hace desde el día fatal en que comprendiera su eterna desgracia. No protesta, no hiere, no asesina. ¿Qué espera? Calla, medita y ve..... Y así continúa el indio, hasta que llegan á él los rumores de la lucha encarnizada. Hasta las montañas de Noyóo se aperciben las hazañas de Morelos..... entonces, grave, y triste, y solo; una tarde gris, llorosa, sin matices; una tarde de dolor, vuelve la espalda á su aldea, y parte, y se va, con la mirada ceñuda y la color pálida, rastreando entre los picachos de la montaña, como rastrean los reptiles en los vericuetos del camino.

II

El ilustre y excelentísimo señor doctor y maestro don Antonio Bergosa y Jordán, Obispo de Antequera el año 12 y después Arzobispo de México, había fulminado tremendas excomuniones sobre las cabezas de los primeros independientes, á los que llamaba en sus escritos y en las terribles requisitorias del púlpito: "foragidos, exhombres, excristianos, exprójimos, ultramalditos" y demás.

Era un obsipo militante de las buenas épocas del Cardenal Cisneros, nacido, más para

ceñir una tizona descomunal, que para cargar el báculo de humilde pastor de almas. Realista fanático y laborante celoso, no se detuvo en las simples pastorales de exorcización, sino que, á guisa de buen soldado de Dios y del Rey, levantó un cuerpo de sacristanes y curas, artesanos creyentes y miembros de las cofradías, para ponerlo frente á frente de las huestes enemigas. No sé si la necesidad ó el origen, ó por amor á la indumentaria del obispo, pero el caso verídico es que aquél batallón churrigueresco vistió de morado vivo, color no ideado aún en las ordenanzas militares de todos los ejércitos del planeta. Y entonces el pueblo, con ese buen sentido que Dios le ha dado, tomó la nota chusca, bautizando á los desfacedores del señor Bergosa con el despectivo nombre de "batallón de la mermelada."

Con ese batallón y otros cuerpos de indios y negros de la costa chica, salió don Juan José Caldelas para Yanhuítlán, á aumentar el ejército realista que comandaba el testarudo vecino del lugar y español de buena cepa. Don José Régules y Villasante. El Obispo Bergosa hizo jefe del "batallón de la mermelada" á cierto sacerdote apellidado Marín, Canónigo de la Catedral de Oaxaca. A aquella chusma se fueron agregando muchos moradores de la región de la Mixteca, y no sé si como sargento ú otra cosa, pero á ellas se agregó el "amo Soto," que vivía en el pueblecito donde hemos comenzado nuestro relato. Este "amo Soto" había sido en la península, y en sus mocedades, galopín de una fundición, y tenía ciertos tintes de artillero: de modo y manera que el P. Marín, General de la "mermelada," destinó á Soto para el servicio del único cañón que llevaban.

En el convento de Yanhuítlán, que es una verdadera fortaleza, se habían atrincherado con todo éxito las tropas realistas del famoso Régules Villasante. Allí las batieron, sin descanso, las huestes independientes de don Miguel Bravo y don Valerio Trujano, comisionados por Morelos para tomar Silacayoapan y destrozar á Régules.

Trujano aumentó sus fuerzas con centenares de bravos mixtecos que de todos los

pueblos marchaban para defender las nuevas ideas de libertad, y, precisamente frente á los muros de Yanhuítlán, se agregó á las filas independientes el que después sería héroe famoso, el indio de Noyóo. Bravo y Trujano tuvieron que levantar el sitio de Yanhuítlán, porque Morelos solicitaba auxilio, viéndose encerrado ya en la grande, hasta la heroicidad, histórica villa de Cuautla. Pero si Bravo caminó con mejor suerte, don Valerio Trujano vióse precisado á encerrarse en Huajuapán, la única plaza que se le ofrecía para resistir medianamente por aquellos rumbos. Y allí fué con su ejército mal disciplinado y casi desnudo.

Es admirable cuanto hizo el bravo Trujano para defender Huajuapán, plaza que no guardaba ningunas condiciones ventajosas de defensa. Tomó toda la carne y grasa del ganado cabrío que en esos días se mataba en abundancia para surtir á Puebla, y él mismo repartía las raciones diarias, á fin de que sus soldados no se diesen cuenta del aminoramiento de víveres; mandó fabricar cañones con unas campanas viejas, y los cañones resultaron verdaderos canales de desagüe, casi inútiles; por allí se lanzaban proyectiles, cuando los había, ó cohetes y cámaras que fabricaban dos ó tres pirotécnicos de la villa; levantó frágiles trincheras y aparentaba tener enormes recursos.

No así los iracundos Régules y Caldelas, que tenían abundantes provisiones y algunas buenas buenas culebrinas, con las que hacían mucho daño.

Una compañía de soldados independientes abría brechas en las casas y mantenía por subterráneos las comunicaciones, cuando era necesario. A esa compañía se la llamó de "los tuseros," pues, como las tusas, ahondaba el suelo por donde convenía. "Tusero" era nuestro indio de Noyóo. Incansable, tenaz, decidido, de la mañana á la noche escarbaba la tierra, con pies y manos, para oponer la contramina á la mina, para salvar una distancia en lo profundo, para hacer una salida y combatir cuerpo á cuerpo con el enemigo.

Trujano necesitaba conocer los planes de Régules, porque sólo así creía posible la resistencia cuando todo se le acababa: municiones, rancho, ánimo. Pero ¿qué hacer? ¿Cómo podría llegar al campo de los sitiadores un espía? ¿Dónde encontrar éste, si la empresa era por demás arriesgada, tal vez temeraria? Quiso probar y comunicó sus planes á los jefes inferiores. Estos vacilaban, como él, y buscaban todos los días; pero en vano. Al fin se fijaron en aquél indio taciturno y decidido, en aquél "tusero" que subía y bajaba por las brechas con la rapidez de un mono. Este no vaciló; al contrario: dijo que la empresa era fácil. ¡Fácil! ¿Qué montaña, qué altura, qué corte de sus Mixtecas le había vencido? ¿A qué punto no llegó su vista que no llegaran sus pies? Y el temerario indio salió una noche, y todos creyeron que no volvería. Los últimos centinelas lo vieron resbalar como ardilla por un muro de las afueras. No volvería. El esfuerzo sobrehumano de aquél desdichado no era otra cosa que la desesperación de la impotencia. Pero el indio volvió, volvió todavía cuando manchaban las sombras de la noche las humildes casuchas de la población; y volvió con su cara taciturna y triste, con su dejo de amargura en la pupila, pero trayendo nuevas importantes. Sin ser sentido, con su habilidad de cuadrumano, pasó por todas partes y llegó hasta el alojamiento de Régules Villasante. Régules hablaba con Caldelas y disponía atacar por el barrio bajo de la villa. Como prueba de su dicho, llevaba el indio unos pimientos que sustrajo de la cocina de Régules.

Nadie lo creía. El mismo Trujano vaciló en mandar defender con mayores refuerzos el barrio bajo. Pero al día siguiente este punto fué atacado con brío por las tropas de Caldelas y los sitiados obtuvieron una victoria. La fama del indio brilló con esplendidez en el campamento y el "tata" Trujano lo colmó de atenciones.

Y así salía todas las noches y siempre los ataques de los realistas eran rechazados, creyendo Régules que había mayor número de

fuerzas en la plaza y que todos los puntos estaban convenientemente fortificados. Prosperaba la buena causa.

Una noche volvió el indio más tarde y con el rostro más alegre. Régules había ordenado atacar la trinchera con el grueso del batallón de la "mermelada," inclusive la culebrina que manejaba P. Soto. Por eso brillaban de purísima alegría los ojos soñadores del indio de Noyóo. Por fin, á su cerebro agitado, llegaban, en tropel, las ilusiones de una juventud vivida en sus colinas, absorto en sus picachos y en sus matorrales, convencido de que era siervo y de que siervo había de ser; resignado, como sus hermanos, con el yugo en el testuz, como los bueyes de Noyóo. Recordaba los días felices en que tejía los sombreros y los petates al son de una tonada melancólica. Allí estaban sus primeras impresiones de amor, la pasión por aquella india de ojos nostálgicos como los suyos, la hembra ignorante que le arrebató el superior, el casi divino, el amo. Y aquel amo atrabiliario estaba allí, por coincidencia infernal. Estaba allí y estaría al otro día manejando su culebrina. Y por eso sonreía el pobre indio, que nunca había sonreído. Al cabo que él había visto caer por las balas de los otros, al cura Calderón, en aquel mismo sitio. Sí, los curas podían morir en la pelea. ¿Para qué combatían? Había buenos y había malos; los malos estaban con los dominadores, no con ellos. Y la obsesión persistía, acabando con aquél fanatismo de tantos siglos, las preocupaciones morían en el cerebro, ante la visión de la hembra pervertida que, para él, simbolizaba la patria.

Así esperó la mañana, sin dormir, calenturiento, siempre sonriendo; junto á la endeble trinchera, oprimía con frenesí la culata de su fusil de chispa.

Y así transcurrieron las largas é interminables horas de aquella noche de recuerdos, hasta que al fin lo sacó de su aturdimiento el ruido espantoso de la pelea. Eran ellos. El indio se endereza, sube ágilmente por las piedras amontonadas y sin el menor esfuerzo llega á la cima. Nadie le sigue. Sólo él desafia, desde lo alto, los disparos de los

realistas. Pero no tira. Su mirada de águila escudriña el campo enemigo y busca. Y está serlo, muy serlo. De pronto sonríe, lleva el fusil al hombro y dispara. El amo Soto muere junto á su culebrina, y el indio de Noyóo baja la trinchera siempre sonriendo.....

IV.

Trujano, ya sin esperanza de socorro, envió un propio á Morelos. Este fué el indio de Noyóo. Dos cohetes, lanzados al espacio, fueron la señal convenida de haber atravesado el mensajero las filas enemigas. Morelos llegó á tiempo para salvar á Trujano. El indio no volvió. Nadie sabe su tumba, nadie sabe su nombre. He registrado los papeles amarillentos de las bibliotecas; pero en vano. Quizá no tenía nombre, como no tenía mujer, como no tenía patria.....

Y el pájaro-bobo sigue deshojando sus pétalos gruesos, blancos y aterciopelados, como un holocausto, sobre el riente pueblecillo de Noyóo.

ADALBERTO CARRIEDO.



EL BARRIGÓN

Durante la épica guerra de la Independencia, el señor Morelos recibió una carta suscrita por un amigo suyo residente en esta capital y concebida, poco más ó menos, en estos términos:

“Sé, de buena fuente, que el Virrey ha pagado á un asesino para que lo mate á usted; no puedo darle más señas de ese hombre, sino que es muy “barrigón”....

Estaba almorzando el héroe cuando recibió esa carta, leyóla atentamente, plegó sus espesas cejas, y en esos momentos se le presentó un individuo de abultado abdomen solicitando que lo admitiese á su lado para prestar sus servicios en pro de la causa nacional; sonriente el señor Morelos, hizo que el huésped se colocara á su diestra, compartió con él su frugal almuerzo; salió, concluido éste, á recorrer el campamento; volvió á la hora de la cena; hizo llamar al forastero, tornó á colocarlo á su derecha, y, levantados los manteles, fuése á acostar, habiendo hecho colocar antes otra cama junto á la suya y ofrecidosela al forastero; en seguida apagó tranquilamente la luz, se volvió del lado de la pared y echóse á roncar con la tranquilidad del justo. Espantado ante tanta serenidad el asesino, que, realmente iba á serlo, no se atrevió á perpetrar su crimen y, furtivamente, se fugó.... Al clarear el día, incorporóse en su lecho el señor Morelos, volvió su vista al que cercano estaba y, no viéndolo ocupado, preguntó á su asistente:

—“Qué es del señor que anoche durmió aquí?....

—“Señor, le contestó el soldado, dicen que esta madrugada, muy temprano, ensilló su caballo, montó y se fué.”

El Generalísimo pidió recado de escribir y, con su letra gorda, clara y firme, contestó á su amigo:

“Le doy mil gracias por su aviso; pero puedo asegurarle que á esta hora no hay en este campamento más barrigón que yo”....

EDUARDO E. ZARATE.



¡TODO UN AMOR!

I.

Jóvenes, nobles, ricos, bellos. Don Mariano Abasolo y Doña Manuela Taboada, se conocieron y se amaron; sus respectivas familias concertaron su enlace; pero estaba á punto de estallar la revolución de 1810.... Abasolo era de los comprometidos á tomar parte en ella; súpolo Doña Manuela; las tradiciones de abolengo, las sugerencias del confesonario, los temores de la mujer enamorada, la indujeron á suplicar á su novio que desistiera de su empresa; pero él alegó su palabra empeñada, sus compromisos contraídos, sus ideales largo tiempo acariciados, y se mantuvo firme en sus designios. Entonces ella, renunciando á las preocupaciones de la época, á los dijes del tocador, á las comodidades de una plácida existencia, convino en unirse con el elegido de su corazón, con la condición de seguirlo á todas partes; aceptada esa condición, efectuóse el enlace y juntos siguieron las peripecias de aquella portentosa lucha, hasta sucumbir juntos también en aquella triste rota de Acatita de Baján; llevados ambos á Chihuahua, en unión de los demás héroes de la Independencia, echóse la joven á los pies de los mandatarios españoles, y, á fuerza de sollozos y de lágrimas, obtuvo de ellos que se suspendiera la ejecución de la sentencia de muerte pronunciada en contra de su marido, mientras ella venía á México

á solicitar la gracia de indulto. Obtenida esa concesión, emprendió su dilatado viaje: á caballo, á pie, en carro, como le fué posible; arrojóse, al pasar por Guadalajara, ante las plantas del feroz Calleja; llegó, por fin, al Palacio Virreinal y, atropellando guardias y menospreciando lacayos, se prosternó ante el estúpido Venegas, y obtuvo, al fin, el perdón de la vida de Abasolo á cambio.... ¡triste concesión!.... de su destierro y prisión perpetua, de la confiscación de todos sus bienes y de la "ignominia" para él y sus hijos.... Regresó á Chihuahua, portadora de la infamante nueva, y, con penalidades mayores por haberse extinguido sus recursos, volvió á recorrer el larguísimo trayecto que media entre esa ciudad y la de México, y luego el que separa á ésta de la de Veracruz, llegando hasta implorar la caridad pública en los caminos.

II.

Destinado Abasolo á una fortaleza de Cádiz, Doña Manuela se dirigió al Capitán de buque que debía llevarlo hasta ese puerto y logró de él, mediante un cofrecito en que guardaba las alhajas que había salvado como único resto del naufragio de su pasada opulencia, que la admitiera á bordo. Al llegar á Cádiz, fué encerrado Abasolo en una fortaleza; su esposa, desfallecida, cayó sobre los muros de la prisión, pegó á las húmedas losas sus brazos extendidos, y con sus lamentos logró conmover.... ¡conmoviéranse las piedras!.... á los carceleros, que al fin consintieron en que compartiera con su amado el oscuro calabozo que le había de servir de habitación.... Cuatro años vivió ahí, privada de luz, de aire, de todo bienestar, ella, acostumbrada á vivir entre sedas y encajes! Y al cabo de ese tiempo, cuando una penosa enfermedad puso fin á la vida de Abasolo, acompañó su cadáver hasta el cementerio, regó su losa de flores y de lágrimas, y regresó al país, sin tener siquiera, como la viuda de Germánico, el triste consuelo de traer apretadas contra su corazón las cenizas del bien amado de su alma, y llegada que fué, se

hundió en el olvido y en la sombra, sin pedir nada para sí ni para sus hijos, identificada con sus recuerdos, abrazada como á una cruz, á sus sufrimientos, y envuelta, como en manto de luz, en la estela de su único y constante é intensísimo amor.

EDUARDO E. ZARATE.



EL CUASIMODO DE MORELOS.

(ANTONIO LARGOS).

I.

Era muy joven cuando visité, con el General Régules, el pueblo de Carácuaro, que la historia ha glorificado porque es el lugar del Estado de Michoacán de donde salió el Cura Morelos para unirse con Hidalgo y luchar por la Independencia de México.

Avidos de saberlo todo, de beber en la fuente caudalosa de la epopeya de insurrección, supimos, con gran regocijo, que allí alentaba todavía un herrero octogenario que había servido á las órdenes de Morelos, del Generalísimo, que le llamaban para aquilatar sus méritos de militar y de patrio. No nos hicimos esperar, y aquel mismo día nos hallamos bajo el techo pajizo de un "canchire," modesta choza de la tierra caliente, y frente por frente de un hombre que revelaba gran entereza, no obstante lo avanzado de su edad y una honradez patriarcal.

Cansámosle á preguntas, y después de satisfacer cuanto pudo nuestro interés, al par que nuestra intensa curiosidad, dijo con voz firme y seguro de lo que decía:

—“Pero de lo que no se ha hablado en los libros que á mis manos han llegado, y que me han traído mis hijos de las ciudades, es del heroísmo de un hombrecillo gigante por su gran corazón: lo recuerdo todavía.”

Inútil es agregar que suplicamos al veterano que nos contara aquella historia.

El viejo soldado tomó la palabra y absorbió nuestra atención durante su interesante relato.

II.

"He querido referirme, dijo, al "cuento del jorobado," que la gente vulgar así le llama, aunque es una historia tan cierta como las hazañas del invicto Morelos.

"Era un hombrecillo jiboso, bajo de cuerpo, nervioso hasta en las extremidades de sus largas manos y que revelaba en sus movimientos la agilidad y la viveza de la zorra. Sus ojos parpadados, sombreados por largas pestañas y arqueados por espesas cejas, dejando su apacibilidad, como si despertaran de un hermoso sueño, lanzaban rayos de coraje cuando se hablaba en el pueblo del viaje de Morelos para ir á guerrear por la patria.

"El jorobado era huérfano, hijo de español y de madre mexicana y lo había traído á su lado el señor Morelos, de edad de quince años, de un viaje que hizo al Estado de Guerrero. Llamábase Antonio y apellidábase Largos, lo que le había valido entre la gente del pueblo el apodo de "El Largo," por vía de abreviatura.

"El Largo," de aprendiz de carpintero, había acabado por adueñarse á la perfección del oficio de su maestro, harto entendido en achaques de crugías y colaterales. Empleaba el jorobado, cuando ya fué hombre hecho y derecho, digo mal, cuando la edad de sus pasiones dominó su espíritu, empleaba su tiempo en las faenas de su oficio, las labores de sacristán en la Párrroquia de este pueblo, y en algo más. ¡Ay! en algo que tenfa que influir en el fin trágico de su existencia.

"Aquel hombre amaba. Habíase prendado de los ojos y de las virtudes de Ana, una de las bellas lugareñas, y desde los primeros momentos en que se sintió poseído por aquel sentimiento que en toda su grandeza ennoblece y eleva las acciones de sus tributarios, el jorobado no perdió ocasión

de hacerse digno del objeto de su cariño, aunque lo hizo con tal discreción, que la joven tomó al principio aquel afecto como adhesión de un hombre vulgar á la que era llamada por la adulación y la lisonja la más bella de las mujeres, confirmando esta fama la ronda de adoradores que la asediaban por todas partes.

"El infeliz jorobado había dado entrada en su generoso corazón á una pasión que, como venenosa sierpe, tenía que causarle la muerte. Su figura, si bien defectuosa, tomaba para sus adentros tales caracteres de monstruosidad, que disculpaba los desdenes de Ana y hasta lo absolvía de todos los cargos que hace el amor, egoísta de suyo y exclusivista siempre.

"¿Cómo ha de quererme á mí? exclamaba en sus arrebatos, mezcla de despecho y de profunda tristeza. Y, sin embargo, tan resignado convencimiento no había podido impedir que la lava de los celos descendiera del cerebro hasta calcinar aquel corazón de gigante!....

"Antonio Largos no tenía más afectos en el mundo que el amor de aquella joven y el que profesaba al señor Cura Morelos y á una venerable anciana, cuyo cuidado le había encomendado al partir el Generalísimo para ir á luchar por la patria.

"Siguiendo costumbre invariable, el jorobado se encaramaba todas las tardes en la parte más culminante de la torre de la iglesia parroquial, y allí se entregaba á volar por esos mundos de los enamorados, contemplando con infinita melancolía la morada de la orgullosa Ana, que era como un búcaro circuido de ciruelos, hasta que se esfumaba en las espesas sombras de la noche.

"¡Cuántas palabras tiernas, cuántos besos y cuántos suspiros confió al viento cálido de las tardes estivales! Y, también, cuántas lágrimas rodaron por su semblante demacrado por el insomnio, hasta humedecer el muro por donde subía al cielo de sus ideales!....

"Una noche, en que había permanecido en su observatorio de piedra más tiempo del de costumbre, y en que algo más gra-

ve que de ordinario le preocupaba, maduró una resolución inquebrantable, y bajó resuelto á ponerla en obra.

“Como un rayo de consuelo había venido á su espíritu, atribulado por un amor que él, en su humildad y excepcionales condiciones, juzgaba insensato, un sentimiento nuevo que conmovió todo su sér: el amor á la patria!

“A ejemplo del heroico Cura, el contrahecho sacristán se sintió capaz de luchar por ella y soñó con el laurel de la gloria para ofrecerlo á la que, ingenuamente, creía digna de tan cara prenda.

“Dos días solamente anduvo de trajín el valeroso muchacho para equipar una jaca y alistar un corvo machete de mi arsenal —pues yo era proveedor en aquel entonces de armas para los insurgentes,— y cuando estuvo listo, parecióle conveniente escribir á su novia, ya que el valor le faltaba para darla personalmente la despedida.

“Toda la reserva que había mostrado hasta aquel día se tornó en expansión franca, y la misiva fué preñada de todas las ternzas, de todas las locuras imaginables, encerrando en el fondo esta notabilísima idea: hacerse digno de su divina Ana, como la llamaba de manera monda y lironda.

“No sabré decir á ustedes la impresión que causara la despedida del sacristán en el ánimo de la joven; pero un hecho, sostenido por la historia, es bien significativo.

“Desde que se supo en el pueblo la desaparición del jorobado, á Ana se la vió asistir al templo diariamente, lo que no hacía sino los domingos y fiestas de guardar, y se convirtió desde aquellos días en la cuidadora más asidua de la anciana que tenía á su cuidado el sacristán de la Parroquia. Y hay que añadir, con datos fehacientes, que Ana fué otra de la noche á la mañana, y que la ronda de sus adoradores desapareció como por magia. La pobre niña vistió de luto y se la veía vagar en su huerto como una mariposa negra.

“Así transcurrieron algunos meses. La insurrección había estallado como un volcán y los relatos de las heroicidades de Hidal-

go y de Morelos corrían de boca en boca. Del jorobado se sabía que había organizado una guerrilla y que á toda hora buscaba la ocasión de batir á los realistas. El Cura Morelos le había perdonado su desobediencia, pues le tenía prevenido que permaneciese en Carácuaro, suponiéndolo inválido para la brega, cuando el mismo Cura tampoco podía sospechar en sus condiciones sacerdotales que sería el genio asombroso de la guerra.

“Larga sería la narración de los hechos de armas que llevó á cabo “El Largo,” como le llamaban también sus compañeros, casi olvidando su nombre patronímico; pero, sea dicho en su honor para lo venidero, en el parte que rindió Calleja del sitio de Cuautla, dijo textualmente que: “un jorobado de los facciosos de Morelos peleó con tal bravura como pudiera hacerlo el mejor de sus soldados.” Y testigos presenciales de aquella gloriosa jornada añaden que aquel héroe quedó allí acribillado por las balas y que antes de expirar pronunció un nombre....”

—¡Ana! interrumpimos á un tiempo el General y yo, suspensos de los labios del veterano.

—¡Patria! objetó el viejo herrero con entonación homérica, y se enjugó dos lágrimas que mojaron los surcos de sus mejillas.

JOAQUIN TREJO.